



VESTIGIOS DE LA LITURGIA CRISTIANA DEL SIGLO IV: LAS ACLAMACIONES LITÚRGICAS EN ALGUNAS OBRAS DE SAN AGUSTÍN¹.

Enrique A. Eguiarte Bendímez.

ne isto nomine homines ad hoc aedificarentur,
ut ministerium uel seruitium religionis, quae Graece
liturgia uel latria dicitur, sanctis angelis exhiberent; quod
nec ipsi exhiberi ab hominibus uolunt, nisi illi deo qui et ipsorum
et hominum deus est².

I. Introducción.

Una lectura atenta de los sermones predicados por san Agustín al pueblo –bien sean estos los que la tradición nos ha recogido como los sermones clásicos, o bien como las piezas oratorias con una clara función catequético-exegética, como son los sermones correspondientes a las *Enarraciones de los Salmos*, a las explicaciones del evangelio según san Juan³, entre otros- nos puede llevar a darnos cuenta de que en ellos, en muchas ocasiones, el obispo de Hipona se vale de ciertas expresiones litúrgicas usadas en su

¹ El presente artículo es el texto enriquecido y aumentado de la comunicación que presenté en el XXVII Simposio Internacional de Teología “La Liturgia en la vida de la Iglesia”, que tuvo lugar en Pamplona, en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, los días 26 al 28 de abril de 2006.

² *en in ps* 135, 3: CCL 40, 1959/48.

³ Es preciso hacer notar que algunas de las explicaciones de los salmos fueron dictadas, -como la correspondiente al salmo 118-, para completar la colección, así como los tratados CIV-CXXIV de los *Tratados del evangelio según san Juan*. Todo ello es claramente perceptible en las diversas “huellas textuales” que estos escritos agustinianos presentan, ya que la oralidad impone a las composiciones una dinámica interna diferente y una estructura expositiva diversa. Cf. WILLIS, G. G., *St. Augustin's Lectionary*, London 1962, 12.



tiempo, para hacer con ellas una catequesis o bien para explicar y exhortar a la vivencia de diversas virtudes cristianas⁴. Hay sermones en los que el obispo de Hipona aprovecha el orden litúrgico seguido en su época en la celebración de la Eucaristía para exhortar a sus fieles a una vivencia profunda de los misterios de la fe cristiana. En otras ocasiones encontramos dentro de los sermones agustinianos, algunas expresiones espontáneas del pueblo norteafricano, a través de las cuales manifestaban su gozo, su asentimiento o simplemente su adhesión al obispo. De este modo han quedado consignadas en algunos sermones, e incluso en otras obras agustinianas -como un recuerdo de esos momentos litúrgicos emotivos-, las expresiones con las que el pueblo interrumpió, en un momento determinado, la alocución de su obispo, para manifestar su júbilo o bien su asentimiento emocionado. Los taquígrafos de los sermones nos ofrecen fielmente un retrato de estas situaciones vividas en la liturgia agustiniana del siglo V, como una invitación a que el lector reviva no sólo las palabras de la exhortación agustiniana, sino también que pueda captar la emoción con que dichas palabras y acontecimientos eran recibidos.

En el presente artículo abordaré por ello, de manera sucinta, en primer lugar, algunas de las expresiones litúrgicas utilizadas en el tiempo de san Agustín, así como el comentario que el mismo obispo de Hipona hace sobre estas expresiones. Posteriormente hablaré de las expresiones espontáneas del pueblo con las que interrumpe a su pastor, así como el comentario que san Agustín hace de las mismas. Finalmente ofreceré algunas conclusiones.

II. El Amén.

Es interesante corroborar el uso dentro de la liturgia agustiniana y norteafricana del siglo IV-V de la expresión hebrea Amén⁵.

Así en el *De doctrina cristiana* Agustín habla de que algunas palabras hebreas que, pesar de que podrían haber sido traducidas, “*propter sanctiorem auctoritatem*”⁶ o bien porque “*nec graecus hoc interpretes ausus*

⁴ Cf. *sermo* 311, 5: PL 38, 1415; *en in ps* 32, 5: PL 36, 279; *en in ps* 124, 10: PL 37, 1656; *doctr christ* 2, 11, 16: PL 34, 42; *in io eu tr* 41, 3: PL 35, 1694; *sermo* 362, 28, 29: PL 39, 1632; *sermo* 395, 2: PL 39, 1716; *contra Faust* 15, 9 CSEL 25, I p. 435/16; *ep* 41, 1: CSEL 34, 2 p. 82/3-6; *ep* 108, 5, 14 CSEL 34 p. 628/2-10; *en in ps* 132, 6: PL 37, 1732; Cf. LEITNER, *Der gottesdienst Volksgesang im jüdischen und christlichen Altertum*, Freiburg 1906.

⁵ Cf. ROETZER W., *Des Heiligen Augustinus Schriften als Liturgie-Geschichtliche Quelle*, München 1930; Cf. VAN DER MEER, F., *Pastor de almas. Vida y obra de un padre de la Iglesia*, Barcelona 1965, 421 ss

⁶ *de doctr christ* 2, 11, 16: PL 34, 42.



*est facere nec latinus*⁷, no ha sido traducidas, sino que se han conservado en su forma original. Entre ellas explícitamente Agustín alude a la palabra ‘Amén’ y ‘Aleluya’:

*Quamquam et hebraea verba non interpretata saepe inveniamus in libris, sicut Amen et Alleluia..., quorum partim propter sanctiorem auctoritatem, quamvis interpretari potuissent, servata est antiquitas, sicut est Amen et Alleluia.*⁸

De entre los sermones y alocuciones agustinianas, quisiera resaltar los sermones 334⁹ y 229¹⁰, así como el comentario que hace en el *Tratado 41 sobre el evangelio según san Juan*¹¹, por su riqueza y por lo que nos reflejan de la vivencia litúrgica agustiniana,

En el primero de ellos, el *sermón* 334, encontramos vestigios de una liturgia que nos hablan de la celebración cotidiana de la Eucaristía en la Iglesia de Hipona¹². Ciertamente no es éste el único lugar en donde Agustín nos habla de este hecho y de esta práctica, que iba acompañada por la recepción cotidiana del sacramento del cuerpo de Cristo¹³. Es importante aclarar, que el mismo Agustín habla de que esta costumbre de celebrar cotidianamente la Eucaristía, no es algo común a toda la Iglesia del Norte de África en su tiempo, sino que es algo que varía mucho de una iglesia a

⁷ *in io ev tr* 41, 3: PL 35, 1694.

⁸ *de doct chr* 2, 11, 16: PL 34, 42.

⁹ *sermo* 334, 2: PL 38, 1469/15.

¹⁰ Cf. *sermo* 229, 3: PL 38, 1469/15.

¹¹ *in io eu tr* 41, 3: CCL 36, 359/1 ss.

¹² Cf. BUSCH B., *De initiatione christiana secundum doctrinam Sancti Augustini*, Roma 1939, 103; Cf. VAN DER MEER, F., *Pastor de almas. Vida y obra de un padre de la Iglesia*, Barcelona 1965, 382 ss; DE MARGERIE Bertrand, *Vous ferez ceci en Memorial de moi. Annonce et souvenir de la mort du Ressuscité*, Paris 1989; RORDORF W., *Liturgie, Foi et Vie des Premiers Chrétiens*, Paris 1986. Cf. PELLEGRINO, M., *Introduzione a Discorsi di S. Agostino*, Roma 1979, L; JENSEN, R – BURNS, P., “Liturgia Eucarística”, en FITZGERALD, A., *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Burgos 2001, 816.

¹³ Cf. *sermo* 56, 10: RB 68, 32/158; *sermo* 57, 7: Homo sp., 418/108; *sermo* 112 A: MA1, 261/3 ; *ep* 54, 2: CSEL 34,II, 160/5.



otra¹⁴. No obstante, Agustín no deja ninguna duda sobre el hecho de que en su Iglesia, la de Hipona, la Eucaristía se celebraba todos los días¹⁵.

De este modo, al explicar en la fiesta de unos mártires el misterio pascual de Cristo, así como su presencia en medio de los fieles, dice Agustín, para ratificar el hecho de que muchos fieles comulgaban diariamente:

Ante su garantía (La Eucaristía: ad pignus ipsius) dices cada día “Amén”.

*Has recibido la prenda, cada día se te dispensa; no pierdas la esperanza tú que recibes la vida de esta prenda.*¹⁶

De este modo queda reflejada en las palabras de Agustín, no sólo la costumbre de comulgar cotidianamente, sino también la respuesta que el fiel daba al recibir el cuerpo de Cristo: Amén.

Por otra parte, en el sermón 229 aparece otro vestigio más de la presencia de la palabra ‘amén’ dentro de la liturgia agustiniana. En este caso se refiere a la aclamación que el pueblo hace después de la consagración y antes del Padre Nuestro, como bien aclara y explica Agustín, quien en este sermón aprovecha para explicar el *ordo Misae*¹⁷ de su época¹⁸:

*A continuación se recita la oración del Señor que ya habéis recibido y aprendido. ¿Por qué se recita antes de recibir el cuerpo y la sangre de Cristo? El motivo hay que verlo en la fragilidad humana (...) si por casualidad se han contraído otras manchas fruto de la tentación de este mundo y de la fragilidad humana, se limpian con estas palabras de la oración del Señor: perdónanos nuestras deudas.*¹⁹

¹⁴ *ep* 54, 2: CSEL 34,II, 160/5.

¹⁵ Cf. BUSCH B., *De initiatione christiana secundum doctrinam Sancti Augustini*, Roma 1939, 103; Cf. DE MARGERIE Bertrand, *Vous ferez ceci en Memorial de moi. Annonce et souvenir de la mort du Ressuscité*, Paris 1989; RORDORF Willy, *Liturgie, Foi et Vie des Premiers Chrétiens*, Paris 1986. Cf. PELLEGRINO, M., *Introduzione a Discorsi di S. Agostino*, Roma 1979, L.

¹⁶ *sermo* 334, 2: PL 38, 1469/15. “Ad pignus ipsius quotidie dicis: Amen. Pignus accepisti, quotidie erogatur tibi. Noli desperare, qui vivis ex pignore”.

¹⁷ Cf. PALAZZO, E., *A History of Liturgical Books*, Minnesota 1998, 20.

¹⁸ Cf. RORDORF Willy, *Liturgie, Foi et Vie des Premiers Chrétiens*, Paris 1986, p. 73; Cf. DE MARGERIE Bertrand, *Vous ferez ceci en Memorial de moi. Annonce et souvenir de la mort du Ressuscité*, Paris 1989, 93.

¹⁹ *sermo* 229, 3: MA 1 p. 1103/33.



De este modo el Padre Nuestro servirá como una petición de perdón preparativa para la recepción del Cuerpo de Cristo y el rito de la paz no será sino la expresión de la reconciliación y perdón que existe en el corazón del creyente, al que se invita a dar el beso de la paz, no como Judas -de una manera artera y traidora-, sino desde la paz que reina en el corazón reconciliado en Cristo²⁰.

De esta forma, el Amén se convierte no sólo en un simple asentimiento, sino en una profesión de fe ante los misterios de Dios, de modo particular al relativo a la presencia real y sustancial de Cristo en el sacramento de la Eucaristía²¹. Así lo explica san Agustín:

(El pan y el vino) se convierten en el Cuerpo y Sangre de Cristo por efecto de la palabra. En efecto si quitas la palabra, no hay más que pan y vino; pronuncias la palabra, y ya hay otra cosa. Y esa otra cosa, ¿qué es? El cuerpo y la sangre de Cristo. Elimina, pues, la palabra: no hay sino pan y vino; pronuncia la palabra y se produce el sacramento. A esto respondéis: 'Amén'. Decir Amén equivale a suscribirlo. Amén equivale en nuestra lengua, a verdadero.²²

Una idea similar es la que va a exponer dentro del sermón 229 A (Guelf. 7), al hablar sobre la presencia real de Cristo dentro de la Eucaristía en relación con la dimensión eclesial y comunitaria del cuerpo de Cristo:

²⁰ “Deinde dicitur dominica oratio, quam iam accepistis et reddidistis. quare ante dicitur quam accipiatur corpus et sanguis Christi? quia, sicut est humana fragilitas, si forte aliquid quod non decebat cogitatio nostra concepit, si aliquid lingua quod non oportebat effudit, si aliquid oculus sicut non decebat aspexit, si aliquid auris blandius quod non oportebat audiuit, si forte aliqua talia contracta sunt de huius mundi temptatione et uitae humanae fragilitate, tergitur dominica oratione, ubi dicitur «dimitte nobis debita nostra»; ut securi accedamus, ne quod accipimus in iudicium nobis manducemus et bibamus. post hoc dicitur, «pax uobiscum». magnum sacramentum, osculum pacis: sic osculare, ut diligas. ne sis Iudas: Iudas traditor Christum ore osculabatur, corde insidiabatur”. Sermo 229, 3: MA 1 p. 1103/33

²¹ Cf. SAXER, Victor, *Les rite de L'initiation chrétienne du II Au VI Siècle*, Spoleto 1988, 397.

²² *sermo 229, 3: MA 1, 31/15.*



*Vosotros sois lo que habéis recibido (Quod accipisti, vos estis) por la gracia que os ha redimido; cuando respondéis Amén, lo rubricáis personalmente. Esto que veis es el sacramento de la unidad.*²³

Así pues, la palabra ‘amén’ está presente dentro de las alocuciones agustinianas como un vocablo lleno de sentido y de contenido de fe, como parte del vocabulario litúrgico cotidiano en la vida sacramental de la iglesia de Hipona y del norte de África en general. Palabra que con su carga semántica y de fe, es materia de exposición y de explicación catequética y doctrinal por parte del obispo de Hipona.

III. Sursum cor

El diálogo entre el sacerdote y el pueblo antes del canon, es también comentado y explicado por Agustín en diversos sermones, para extraer de él una serie de enseñanzas, tanto catequéticas, como de exhortaciones a la vivencia de las diversas virtudes cristianas²⁴. Ciertamente estas palabras son breves, como lo comenta el mismo Agustín, pero el misterio que encierran es muy profundo y rico, y por ello él mismo se detiene a comentarlas. Se trata pues, de “*mysteria brevia*”, pero como dice Agustín, “*sed magna*”.²⁵

De este modo, en el sermón 229 A (Guelf. 7, 3)²⁶, explica el sentido de la expresión con la que comienza este diálogo, las palabras *Dominus vobiscum*. Así Agustín comenta que estas palabras se convierten, de alguna manera, en una *confessio fidei*, pues si Dios no está con el ser humano, es decir si la vida del hombre no se desarrolla dentro del ámbito de Dios, el hombre no podría ni siquiera existir.

Junto con esta explicación, Agustín recuerda que estas palabras, *Dominus vobiscum* eran usadas también en otros momentos litúrgicos, ya que eran pronunciadas como un saludo del presidente de la celebración dirigido a la asamblea desde el ábside, o bien como palabras que no podían faltar al invitar a hacer una *confessio laudis* o una *confessio peccatorum*, es decir antes de las oraciones que el obispo hacía, o bien antes del Prefacio²⁷. Así lo expone el mismo Agustín:

Lo que escuchasteis en el altar del Señor: ‘Dominus vobiscum’, acostumbramos decirlo cuando saludamos desde el ábside, y también cuantas veces (quotienscumque) pronunciamos alguna oración, pues nos es

²³ sermo 229 A, 1 (Guelf. 7, 1): MA 1, 463/10.

²⁴ Cf. ROETZER W., *Des Heiligen Augustinus Schriften als Liturgie-Geschichtliche Quelle*, München 1930, 237.

²⁵ sermo 229 A, 3 (Guelf. 7, 3): MA 1, 464/16.

²⁶ sermo 229 A, 3 (Guelf. 7, 3): MA 1, 463/28ss.

²⁷ Cf. JENSEN, R – BURNS, P., “Liturgia Eucarística”, en FITZGERALD, A., *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Burgos 2001, 815; VAN DER MEER, F., *Pastor de almas. Vida y obra de un padre de la Iglesia*, Barcelona 1965, 421 ss



*conveniente tener al Señor siempre a nuestro lado, dado que sin él nada podemos.*²⁸

Posteriormente, en este mismo sermón, Agustín continúa la explicación de las siguientes palabras dentro de este diálogo que se entabla entre el celebrante y el pueblo al inicio del prefacio. De este modo aborda y expone lo que podríamos considerar como el diálogo litúrgico favorito de san Agustín y éste no es otro que las palabras parenéticas del celebrante *Sursum cor* (curiosamente en las obra agustinianas, al igual que en nuestras actuales traducciones litúrgicas, el término ‘corazón’ es usado en singular, pues dice *cor* y no *corda*), y la respuesta del pueblo “*Habemus ad Dominum*”.

Son muchos los sermones y las obras agustinianas en las que el obispo de Hipona explica y expone el significado profundo de estas palabras. Así, en este sermón 229 A, aprovecha la exhortación *Sursum cor* para explicar que se trata de una invitación a no aferrarse a las cosas de esta tierra, pues el corazón del hombre, el *cor*, que es para Agustín la sede de los afectos salvíficos –la *caritas-dilectio*- o de las malas pulsiones que destruyen al hombre –la *cupiditas*-, se corrompe y se pudre si se queda sólo en las cosas de la tierra. Así lo expone san Agustín:

*Sursum cor. No lo tengáis en el suelo; el corazón se pudre al contacto con la tierra; levantadlo hacia el cielo.*²⁹

Esta misma idea será repetida casi con idénticas palabras en las Enarraciones a los salmo 31 y 148. Así en el comentario al salmo 31 dice:

*Se pudriría vuestro corazón si se quedase en la tierra. No en vano habéis escuchado ‘Sursum cor’, para que no se pudra. Por ello tanto tú también eleva tus ojos siempre hacia Dios, para que Él fije en ti su mirada*³⁰.

Volviendo al sermón 229 A, y a la invitación litúrgica del presidente de la celebración ‘*sursum cor*’, es preciso decir que Agustín le da también una explicación espiritual a esta expresión, pues para él constituye una invitación a la humildad –virtud que para san Agustín conduce directamente a la santidad-, es decir a evitar elevar orgullosamente nuestro corazón hacia nosotros mismos y nuestra propia vanidad, sino más bien a elevar el corazón hacia Dios a partir del reconocimiento de nuestra propia contingencia, pobreza ontológica y pecado. Así lo explica san Agustín:

Tener el corazón en alto, si no es hacia el Señor, en vez de justicia es soberbia; por este motivo cuando decimos: (Sursum cor) Levantemos el

²⁸ *sermo* 229 A, 3 (Guelf. 7, 3): MA 1, 463/28.

²⁹ *sermo* 229 A, 3 (Guelf. 7, 3): MA 1, 464/2.

³⁰ *en in ps* 31, II, 22: / Cf. *En in Ps* 148, 5: CCL 40, 2169/7.



*corazón, dado que también la soberbia puede mantenerlo elevado, respondéis: Lo tenemos levantado hacia el Señor. Es pues misericordia, no orgullo.*³¹

Por otro lado el poder elevar el corazón y dirigirlo hacia Dios y no hacia otro objeto o persona, es una gracia de Dios. Así lo declara abiertamente Agustín en este sermón, como una invitación a sus oyentes a vivir dentro de la dimensión de la gracia y para advertirles de los graves peligros que encierra la vivencia teológico-espiritual pelagiana, controversia que a partir del año en que fue pronunciado este sermón (hacia el 410-411) va a ocupar de manera prioritaria el pensamiento agustiniano:

*En consecuencia, después de haber dicho: Levantemos el corazón, y de haber respondido: lo tenemos levantado hacia el Señor, para que no os atribuyáis el tener en alto el corazón, añadí: Demos gracias al Señor, nuestro Dios. Misterios estos de breve duración he dicho, pero grandes para el sentimiento.*³²

Esta misma idea de la gracia y su primacía, será resaltada en otros dos sermones, el s. 227 y el s. 229, al comentar las palabras del prefacio que ahora nos ocupan. No obstante en estos dos sermones, la dimensión de gracia que encierra el poder tener el corazón elevado hacia Dios, se pone en relación con la segunda exhortación que el presidente de la asamblea hace a los fieles, “*Gratias agamos Domino Deo nostro*”(Demos gracias al Señor nuestro Dios). De este modo, Agustín habla de que es preciso dar gracias a Dios, pues el poder tener levantado el corazón hacia el Señor es un don suyo. De otro modo, el corazón -es decir el ser más íntimo del hombre, su capacidad de amar y de elevarse a través de la *via amoris*, vía santificadora agustiniana-, este corazón se corrompería con las cosas de la tierra. En el sermón 227, Agustín lo expresa bellamente en una breve frase, en la que utilizando el recurso retórico de la anáfora, resalta la primacía de Dios sobre el esfuerzo del hombre, repitiendo la palabra (*vestris*) “lo vuestro”:

*Por eso se os dice ‘Sursum cor’ y respondéis ‘Habemus ad Dominum’ (lo tenemos levantado hacia el Señor). Y para que este tener el corazón levantado hacia el Señor no lo atribuyáis a vuestras fuerzas, a vuestros méritos, a vuestros sudores, siendo un don de Dios, después que el pueblo ha respondido, ‘Habemus ad dominum’ (...), el sacerdote u obispo que hace de oferente continúa: ‘Gratias agamos Domino Deo nostro’, por el corazón que tenemos en alto. Démosle gracias, porque si él no nos lo hubiera concedido, lo tendríamos en la tierra.*³³

Juntamente con ser un don de la gracia el poder tener levantado el corazón hacia Dios, en el sermón 229 anteriormente mencionado, Agustín

³¹ *sermo* 229 A, 3: MA 1, 464/6.

³² *sermo* 229 A, 3: MA 1, 464/14.

³³ *sermo* 227: SC 116, 238/49.



hace una pregunta retórica, para invitar a sus fieles a la reflexión sobre lo que significa lo que ellos contestan en el prefacio cada vez que asisten a la celebración de la Eucaristía. Así, Agustín responde a la pregunta retórica diciendo que tener levantado el corazón significa tener puesta la esperanza y la mirada en Dios, no en las cosas de la tierra, y que si la esperanza está puesta sólo en Dios es preciso ratificar con las obras lo que ha sido afirmado con los labios. Así lo expresa san Agustín:

¿Qué significa 'Sursum cor' (levantar el corazón)? Poner la esperanza en Dios, no en ti; pues tú estás abajo, mientras que Dios está arriba. Si depositas tu esperanza en ti mismo, tu corazón está abajo, no en lo alto. (...) Esforzaos para que sea verdadera vuestra respuesta ('Habemus ad Dominum'), pues ella quedará en las actas de Dios; vayan de acuerdo la realidad y las palabras, no afirme la lengua lo que niega la conciencia.³⁴

Una idea similar es expuesta en el sermón 227, en donde se invita no sólo a poner la esperanza en Dios, sino a que sea el afecto el que haga que el corazón esté con Cristo, pues conviene, haciendo alusión a la Iglesia como el Cuerpo de Cristo, que los miembros estén unidos a su cabeza, haciendo referencia, en este sermón dirigido a neófitos, a la *redditio*, en la que ellos mismos han confesado que la Cabeza del cuerpo de la Iglesia, Cristo, resucitó al tercer día y está sentado a la derecha del Padre³⁵. A ese lugar, dirá Agustín es adonde debe ir el corazón del creyente cuando se levanta hacia Dios y permanecer, por ahora en esperanza en él. Además en este mismo sermón, después de hacer un repaso de los diversos pasos de la celebración eucarística³⁶, habla de que entre los efectos de recibir el Cuerpo de Cristo, está el poder mantener siempre la unidad del corazón, es decir no estar divididos por el pecado, y por otra parte, la Eucaristía es la que hace que, en prenda, el corazón que el creyente ha levantado hacia Dios, se quede siempre fijo y estable en él. De este modo Agustín hace una hermosa unión entre la frase del prefacio '*Sursum cor*' y la recepción del sacramento de la Eucaristía. Es mejor dejar que sea Agustín el que lo diga con sus propias palabras:

³⁴ *sermo* 229, 3: MA1, 31/4.

³⁵ *sermo* 227, 1: SC 116, 283/43:primo, post orationem, admonemini sursum habere cor; hoc decet membra Christi. si enim membra Christi facti estis, caput uestrum ubi est? membra habent caput. si caput non praecessisset, membra non sequerentur. quo iuit caput nostrum? quid reddidistis in symbolo? «tertia die resurrexit a mortuis, ascendit in caelum, sedet ad dexteram patris». ergo in caelo caput nostrum. ideo cum dicitur: «sursum cor», respondetis: «habemus ad dominum».

³⁶ Cf. *sermo* 227, 1: SC 116, 238/49 ss.



*Recíbidlo pues (el Cuerpo de Cristo), de manera que (...) mantengáis la unidad en el corazón y tengáis siempre vuestro corazón fijo en lo alto. No esté vuestra esperanza en la tierra, sino en el cielo; vuestra fe esté segura en Dios, sea agradable a Dios, pues lo que aquí creéis aunque no veis, lo veréis allí donde el gozo no tendrá fin.*³⁷

En el sermón 237 comentado el pasaje del evangelio según san Lucas en el que Jesús resucitado se aparece a sus apóstoles y estos dudan en su interior, y el Señor les dice “¿Por qué estáis turbados y suben a vuestro corazón esos pensamientos?” (Quid turbati estis et cogitationes ascendunt in cor vestrum?)³⁸ (Lc 24, 38-39), Agustín dice que es preciso tener el corazón puesto y levantado hacia Dios para evitar que el corazón tenga pensamientos terrenos y que tenga siempre pensamientos celestiales. Al comentar esto recuerda las palabras litúrgicas ‘*Sursum cor*’ e invita a sus oyentes a hacer realidad lo que dicen en cada celebración eucarística. De este modo afirma que el tener levantado el corazón permite tener pensamientos orientados hacia Dios y las realidades celestes (‘*cogitationes caelestes*’), y por ello, permite vivir en el ámbito de la fe. El que no tiene el corazón levantado hacia Dios tiene pensamientos y puntos de vista mundanos (‘*cogitationes terrenae*’), imposibles de compaginar con la fe. El que cree, tiene en corazón puesto en Dios, pues sus pensamientos están dirigidos hacia el cielo. Así lo expresa san Agustín:

*¿Por qué se nos dice ‘Sursum cor’, sino para que los pensamientos terrenos y nuestro corazón no se hallen a la misma altura, puesto que lo hemos colocado en lo alto.*³⁹

En el sermón 53, san Agustín va más allá de las recomendaciones y reflexiones presentadas hasta el momento, pues en él, reitera, por una parte, la idea que ha ido repitiendo en sus diversos comentarios a las palabras litúrgicas ‘*Sursum cor*’, diciendo que éstas son una invitación a que el corazón habite en el cielo. No obstante no conforme con reiterar esta idea, expresada en otros lugares, da un paso más y afirma que el ‘*sursum cor*’ es, sí, la voz parenética que invita a poner el corazón en las realidades celestiales, pero por otra parte, aquellos que siguen esta exhortación, al poner su corazón en Dios, es Dios mismo el que va a inhabitar esos mismos corazones, de tal manera que se convierten, cada uno de ellos, en morada de Dios, tronos de Dios y, por decirlo en una palabra, en “cielos”, en los que Dios habita, por lo que Agustín dirá que el alma de los justos y los justos

³⁷ *sermo* 227, 1: SC 116, 242/82.

³⁸ En el texto de la Vulgata se utiliza en plural la palabra *cor* (‘*corda*’), en lugar del singular que sigue el texto y comentario agustiniano.

³⁹ *sermo* 237, 3: SC 116, 286/73.



mismos, convertidos en cielos, son a los que se refiere el salmo 18, 2 al decir “los cielos proclaman la gloria de Dios”. Así lo expresa san Agustín:

Los santos, aun morando sobre la tierra que pisan, viven con el corazón en el cielo. En ellos no se ha frustrado la exhortación del ‘Sursum cor’, ni responden en vano a esta exhortación diciendo que ya lo tienen allí (...) Considerados como viviendo en el cielo, los santos portan a Dios y son cielos, porque son tronos de Dios, y considerados como anunciadores de la palabra divina, estos cielos proclaman la gloria de Dios.⁴⁰

IV. Expresiones litúrgicas populares.

Dentro de algunas de las obras agustinianas, como mencionábamos al principio, han quedado vestigios de las expresiones litúrgicas populares, con las que los fieles sencillos del norte de África en tiempo de san Agustín, expresaban su propia fe. Entre las diversas expresiones litúrgicas populares que han quedado plasmadas dentro del *corpus* agustiniano, posiblemente los dos grupos más interesantes sean los relativos al curioso caso de la curación de los hermanos Pablo y Palladia, y por otra parte, el momento en el que Agustín designa a su sucesor y lo da a conocer dentro de una asamblea litúrgica por él convocada para tal efecto.

En lo referente al primer caso anteriormente citado, el de la curiosa curación de los hermanos Pablo y Palladia, es preciso decir que el hecho fue tan llamativo y peculiar que el mismo Agustín nos ofrecerá una recensión del mismo dentro de su obra *De Civitate Dei*⁴¹. De este modo conocemos un poco la historia que hay detrás de la milagrosa curación de ambos hermanos. Así pues, Pablo y Palladia, pertenecían a una familia ilustre de Cesarea de Capadocia (*suorum civium non ignobiles*)⁴², en la que había diez hijos. No obstante después de la muerte de su padre, todos habían sido “maldecidos por su madre por una injuria que le habían hecho”⁴³, y en consecuencia de ello fueron “castigados con una pena consistente en un horrible temblor de miembros”⁴⁴. Si bien la cualidad de la injuria no es dicha ni manifestada por el texto agustiniano, la gravedad del castigo hace suponer, asimismo la gravedad de la misma culpa. Así pues, al no poder seguir viviendo en Cesarea por la vergüenza, cada uno de los hermanos emigró a diferentes ciudades. Pablo y su hermana Palladia emigraron a Hipona y, por lo que dice Agustín, sus tristes figuras eran muy conocidas en toda la ciudad y en los alrededores.

No obstante a pesar de su mal, no dejaban de ser piadosos y de pedir cotidianamente a Dios su curación por intercesión de san Esteban, a quien

⁴⁰ *sermo* 53, 14: RB 104, 31/254.

⁴¹ *ciu dei* 22, 8, 22: CCL 48, 825/407 ; Cf. WILLIS, G. G., *St. Augustin's Lectionary*, London 1962, 2.

⁴² *ciu dei* 22, 8, 22: CCL 48, 825/412.

⁴³ *ciu dei* 22, 8, 22: CCL 48, 825/413.

⁴⁴ *Idem*.



estaba dedicada una de las capillas de la basílica de Hipona. Así pues, después de mucho orar, una mañana de Pascua, Pablo acudió según su costumbre a orar a la capilla del mártir san Esteban y mientras oraba, cayó de pronto al suelo ante la capilla y se quedó como dormido. Al despertar estaba curado. En esos momentos san Agustín se estaba preparando para la celebración de la misa de Pascua. No obstante, su preparación se vio interrumpida por los gritos de alegría y de sobresalto ante la milagrosa curación del joven. El relato agustiniano no puede ser más vivo:

Llegó la Pascua y el domingo por la mañana cuando un gran gentío llenaba ya la iglesia, el joven asido a las verjas del lugar santo donde estaban las reliquias del mártir, orando, cayó de golpe y quedó tendido como si durmiera. Mas no temblaba como solía hacer durante el sueño. El accidente infundía a unos dolor a otros temor (...) Y he aquí que el joven se levantó sin temblor, porque había curado y estaba perfectamente (...) Una oleada de voces, clamores y enhorabuenas llenó las naves de la iglesia. Corren hacia mí, que ya estaba dispuesto para salir. Yo alborozado y dando interiormente gracias a Dios, vi llegar entre la multitud al agraciado. Se postró a mis pies, y yo lo levanté y lo abracé.⁴⁵

El pueblo sencillo gritaba usando diversas expresiones litúrgicas para expresar su gozo. Así, san Agustín dice que la gente que abarrotaba la iglesia gritaba:

*Deo gratias! Deo laudes!*⁴⁶

Agustín no pudo sino congratularse con los presentes y en la homilía hizo alusión a la curación milagrosa de Pablo. Ese día Agustín invitó a Pablo a comer a su casa y ahí fue cuando el joven le refirió a Agustín las diversas

⁴⁵ *ciu dei* 22, 8, 22: CCL 48, 826/441.

⁴⁶ Ciertamente esta expresión en tiempos de san Agustín no podía dejar de evocar el terrible grito de los circuncelliones, quienes habían cambiado el famoso *Deo gratias* cristiano, acuñado para todos los tiempos por san Cipriano el día de su martirio, por el disidente *Deo laudes*. No obstante san Agustín, al escribir este pasaje dentro de su obra *De Civitate Dei*, seguramente evoca este grito no sólo por fidelidad a lo que seguramente gritaron en su momento los fieles que llenaban completamente la basílica *Pacis* o *Mayor* de Hipona, sino también para santificar y darle un sentido cristiano a este grito que durante tantos años se había convertido en un grito de guerra y de desolación. Seguramente su intención era la de transformarlo en un grito verdaderamente de alabanza a Dios y no de odio o de temor.



circunstancias de su propio caso. A los tres días, el martes de la semana *in albis* posiblemente del año 426, ambos hermanos, Pablo y Palladia fueron presentados al pueblo mientras se leía la relación del milagroso suceso de la curación de Pablo gracias a la intercesión de san Esteban. De una manera tal vez espectacular, mientras se leía la relación de los hechos, ambos hermanos fueron colocados en las gradas de la iglesia delante de todo el pueblo, para que todos pudieran contemplar la diferencia que existía entre ambos, ya que uno estaba perfectamente sano –Pablo-, mientras que su hermana Palladia “*membris omnibus contremetentem*”⁴⁷. Concluida la relación, los hermanos bajaron de las gradas y Agustín aprovechó la ocasión para exhortar a los hijos a la obediencia y a los padres a la magnanimidad:

*Estos (Pablo y Palladia), se hallan ahora fuera de los cimientos de su patria, extendidos por toda la tierra; por doquier son un espectáculo y muestran su suplicio; presentan ante los ojos su miseria y llenan de terror la soberbia ajena. Aprended ¡Oh hijos!, a tributar a los padres el honor debido, como indica la Escritura. Pero también vosotros padres, cuando se os ofende, recordad que sois padres.*⁴⁸

No obstante, el caso no iba a terminar aquí. Acabada la relación del milagro, Agustín pronunció una homilía. Mientras Agustín pronunciaba su sermón, Palladia se fue a orar a la capilla de san Esteban y repentinamente se vio curada, al igual que su hermano. Agustín lo refiere de esta manera en *De Civitate Dei*:

*Había yo comenzado a hacer algunas reflexiones sobre esa historia, cuando he aquí que entre mis palabras se oyen nuevas voces de júbilo procedentes de la memoria del mártir. Se volvieron hacia allí los oyentes y se iban acercando en masa. La joven había descendido de las gradas y se había ido a orar al mártir. Apenas hubo tocado las rejas, cayó como en un sueño y se levantó sana.*⁴⁹

El eco de los gritos emocionados ante el nuevo milagro acallaron el sermón de Agustín y la joven Palladia fue llevada a la basílica entre los gritos de emoción y las lágrimas de todos los presentes. Agustín declara en *De Civitate Dei* que los gritos de júbilo “se prolongaron indefinidamente”. Y que el pueblo fiel:

*Gritaban en alabanza de Dios, no palabras sino voces sin sentido, tan fuertes, que apenas podían aguantarlas nuestros oídos.*⁵⁰

⁴⁷ *ciu dei* 22, 8, 22: CCL 48, 826/458.

⁴⁸ *sermo* 323,1: PL 38, 1445/14.

⁴⁹ *ciu dei* 22, 8, 22: CCL 48, 826/466.

⁵⁰ *ciu dei* 22, 8, 22: CCL 48, 827/478.



Este caso ha quedado fiel y curiosamente asentado por los taquígrafos que en aquella mañana de la semana de Pascua recogían el sermón. De este modo, sabemos que de pronto Agustín debe guardar silencio e interrumpir su relato de lo que le sucedió a un catecúmeno de la iglesia de Uzala, quien había muerto y cuando llegaba el final del relato, Agustín debe interrumpirlo por el griterío. Así lo expresan los taquígrafos:

*Y mientras Agustín contaba esto desde la memoria de san Esteban el pueblo comenzó a clamar y a decir: ¡Deo gratias! ¡Christo laudes!*⁵¹

Muy posiblemente las expresiones que recogen los taquígrafos sean más fieles que las que el mismo Agustín nos refiere en su propia recensión del acontecimiento, en donde Agustín pone en labios del pueblo una expresión, que como hemos comentado, era más propia del mundo donatista que del católico, la expresión ‘*Deo Laudes*’. Sin duda, como hemos dicho, Agustín la consigna para descargarle todo el sentido peyorativo que la expresión encerraba y para darle el “espaldarazo” dentro del vocabulario latréutico católico.

Así pues los taquígrafos nos han recogido las emocionadas palabras con las que el pueblo llano de Hipona daba gracias a Dios por el milagro obrado, y estas eran principalmente ‘*Deo gratias*’ y ‘*Christo laudes*’, expresiones que vuelven a repetirse en otra ocasión, también consignada por los taquígrafos, cuando Agustín designa a su sucesor. De esto nos ocuparemos en el apartado siguiente.

b. La designación de su sucesor.

Dentro de una de las epístolas agustinianas ha quedado consignado el resumen de una asamblea litúrgica convocada por san Agustín en la que éste designa a su sucesor en el episcopado en la iglesia de Hipona, para evitar, por una parte, el que a su muerte se produjera una lamentable lucha por el poder, como las que él había conocido en otros lugares, de lo que se queja al comienzo de su alocución:

*Sé que cuando mueren los obispos, los ambiciosos y contenciosos suelen turbar a las iglesias. Y eso que tantas veces he experimentado y lamentado, debo procurar, por lo que a mí toca, que no ocurra en mi diócesis*⁵².

Por otra parte, Agustín desea que el nuevo obispo designado, tenga después de su presentación, la aprobación del pueblo, con lo que queda garantizado, a la muerte de Agustín, que este nuevo obispo contará con el apoyo del pueblo y que habrá una continuidad. Por esta razón y movido principalmente por el caso del sucesor del obispo Severo de Milevi, al que hace mención dentro de su alocución Agustín⁵³, él mismo prefiere hacer la

⁵¹ *sermo* 323, 4: PL 38, 1446/22.

⁵² *ep* 213, 1: CSEL 57, 373/6.

⁵³ *ep* 213, 1: CSEL 57, 374/2.



designación públicamente para que el nuevo obispo nombrado pueda, en su momento, ejercer su cargo sin que nadie se lo impida. Las actas de esta asamblea -celebrada muy posiblemente el 26 de septiembre del año 426-, están recogidas dentro de las Cartas agustinianas. Ellas nos permiten ver, por un lado, la prudencia en la actuación del obispo de Hipona, así como diversas expresiones litúrgicas, a través de las cuales el pueblo sencillo manifestaba su gozo y emoción. Los taquígrafos en este caso van a ser muy fieles, pues nos han recogido incluso el número de veces que las diversas expresiones son gritadas por el pueblo, con lo que se refleja gráficamente la emoción de los fieles ante lo que Agustín les estaba comunicando.

De este modo, después de haber hecho una hermosa reflexión sobre la fugacidad de la vida y de cómo se suceden dentro de la vida del hombre las diversas edades -texto que no deja de tener su sabor ciceroniano-, recuerda Agustín su llegada a la ciudad de Hipona -*ad istam civitatem vigore aetatis adveni*⁵⁴- y se contempla a sí mismo desde el puerto de la vejez, edad que llama muy galénicamente '*aetate frigida*⁵⁵', que no impide que su interior se mantenga ardiente y vivo, para hacer esas súplicas encendidas a Dios (*votis ferventibus posco*)⁵⁶. Posteriormente habla de las luchas de poder que puede suscitar la muerte de un obispo y hace el relato de la infausta situación que ha sucedido en Milevi, al no ser presentado el candidato al pueblo, sino sólo al colegio de los presbíteros. Por ello dice que desea comunicar su voluntad al pueblo para lograr de él la ratificación. Una vez que ha dicho el nombre del presbítero que desea que sea su sucesor, el pueblo lo interrumpe con diversos gritos de júbilo, que son repetidos prolongadamente:

*Yo para que nadie tenga queja de mí, pongo en vuestro conocimiento mi voluntad, que creo será también la de Dios: Quiero que mi sucesor sea el presbítero Heraclio. El pueblo aclamó Deo gratias, Christo laudes (lo repitió veintitrés veces) Exaudi Christe, Augustino vita (lo repitió dieciséis veces). Te patrem, te episcopum (lo repitió ocho veces).*⁵⁷

No será la última vez que lo haga durante esta asamblea. Lo interrumpirá otras cinco veces más, repitiendo diversas frases, tanto litúrgicas como relativas a la designación de Heraclio como sucesor. De este modo podemos reseñar, entre las más repetidas, en primer lugar, la expresión '*A Iudicio tuo gratias agimus*' (Por tu deliberación te damos gracias), que se repite cincuenta y cinco veces en tres momentos diversos (16+26+13); '*Deo Gratias, Christo laudes*' (Demos gracias a Dios, alabanzas a Cristo), se repite cuarenta y nueve veces, en tres momentos diferentes (23+13+13); '*Dignum et iustum est*' (es digno y justo), se repite cuarenta y ocho veces en dos momentos (20+28); '*Fiat, fiat*' se repite treinta y siete veces, en dos momentos diferentes (12+25); '*Exaudi Christe*' (Cristo escúchanos), con

⁵⁴ *ep* 213, 1: CSEL 57, 373/18.

⁵⁵ *ep* 213, 1: CSEL 57, 375/5.

⁵⁶ *ep* 213, 1: CSEL 57, 375/6.

⁵⁷ *Idem*.



diversas variantes, se repite treinta y dos veces, en tres momentos (16+8+18); ‘*Te pater, te episcopum*’ (a ti, oh padre, a ti, obispo), veintiocho veces en dos momentos (8+20), etc.

A través de estas interrupciones, de estas irrupciones del espíritu espontáneo del pueblo hiponense, se puede percibir su sensibilidad religiosa y también la utilización de algunas fórmulas litúrgicas o celebrativas como son el ‘Deo gratias’ o bien la transformación del grito circuncelión del ‘Deo laudes’ en ‘Christo laudes’, como una expresión de la alabanza que la iglesia, la iglesia católica le dirige al Padre, en lugar del grito terrorífico, Deo laudes, que era más temido que el rugido del león⁵⁸.

Así Agustín dice que los donatistas dicen una cosa con los labios pero es otra la que expresan con sus obras:

(...) todos los varones cristianos sienten pánico al Deo laudes. Los donatistas se han congregado para cometer sus crímenes; antes de precipitarse gritan ‘Deo laudes’. En su boca ‘Deo Laudes’, en sus hechos ‘Deo odibiles’ (...) Ved cómo los donatistas hicieron amargas las alabanzas a Dios.⁵⁹

El pueblo cristiano de Hipona deseaba, verdaderamente alabar a Dios, en contraposición con los donatistas y su “grupo de choque”, los circunceliones, y así lo expresó en sus manifestaciones espontáneas en las diversas alocuciones agustinianas, como hemos podido comprobar.

Conclusión.

Ciertamente todas las expresiones del pueblo fiel son reflejo de una fe viva y de una comunidad creyente, que late al unísono con la jerarquía de la iglesia y que se siente íntimamente unida a la misma. Todas estas expresiones, fielmente recogidas por los taquígrafos, son sin duda un interesante vestigio de la vivencia cotidiana de la fe en el África del Norte, así como de la fe sencilla de un pueblo que encuentra una forma de expresar sus emociones a través de diversas frases y enunciados de origen litúrgico principalmente.

Hasta el día de hoy, algunas de estas expresiones se siguen utilizando en la liturgia y otras muchas han desaparecido con el paso del tiempo. A pesar de ello, el valor testimonial de los documentos anteriormente citados es muy grande y el estudio que se pueda hacer sobre ellos no deja de ser interesante.

De este modo, a lo largo de este breve artículo hemos pretendido acercarnos, por una parte, a las expresiones espontáneas del pueblo hiponense, en las que con un notorio trasfondo litúrgico, interviene en las celebraciones litúrgicas y expresa de este modo una fe viva y su propia emoción ante diversos acontecimientos, bien sean milagrosos o simplemente cotidianos. Por otra parte hemos expuesto diversas exhortaciones y catequesis que san Agustín dirige al pueblo, valiéndose de las palabras de la

⁵⁸ Cf. *en in ps* 132, 6: CCL 40, 1930/12.

⁵⁹ *sermo* 313 E, (Guelf 28): MA 1, 541/20.



liturgia, como un excelente marco no sólo de profundización en la vivencia cotidiana de la liturgia y como una invitación a descubrir el entramado espiritual de las mismas. De esta forma Agustín intenta descubrir, como hemos expuesto, la unión íntima que existe entre la fe creída y la fe vivida, actualizada y celebrada dentro de la liturgia. Las exhortaciones agustinianas van encaminadas en este sentido, de tal manera que sus fieles pudieran llegar a percibir la unión íntima que existe entre el creer y el celebrar, el tener fe y el recibir los diferentes sacramentos o participar en los diversos ritos y celebraciones de la Iglesia. Por ello muchas de las predicaciones agustinianas, como un buen pastor de almas, eran principalmente mistagógicas, es decir que ayudaban y orientaban sobre el modo diverso de vivir y de enriquecerse personalmente con los diferentes *mysteria* de la fe católica. De este modo, partiendo de las cosas más simples y cotidianas, Agustín invitaba a sus oyentes a levantar su corazón hacia Dios. En Agustín pues, se da una excelente fusión entre lo creído, con lo predicado, explicado y vivido por el pueblo.